

pone al cuello, la defiende contra los malos espíritus, pero ella hace valer, además, la blancura de su tez y la opulencia de sus hombros.

El tatuado, muy grosero en su forma rudimentaria, como se practica aún en muchas tribus, ha llegado a ser un arte de los



TATUADO DE MUJER
MOGEMOK (CAROLINAS)

más refinados, pero sólo en las comarcas cuyas poblaciones pueden a la vez que progresar por la inteligencia y la industria, librarse de la tiranía del vestido. El Esquimal no se tatúa, porque se cubre completamente de pieles.

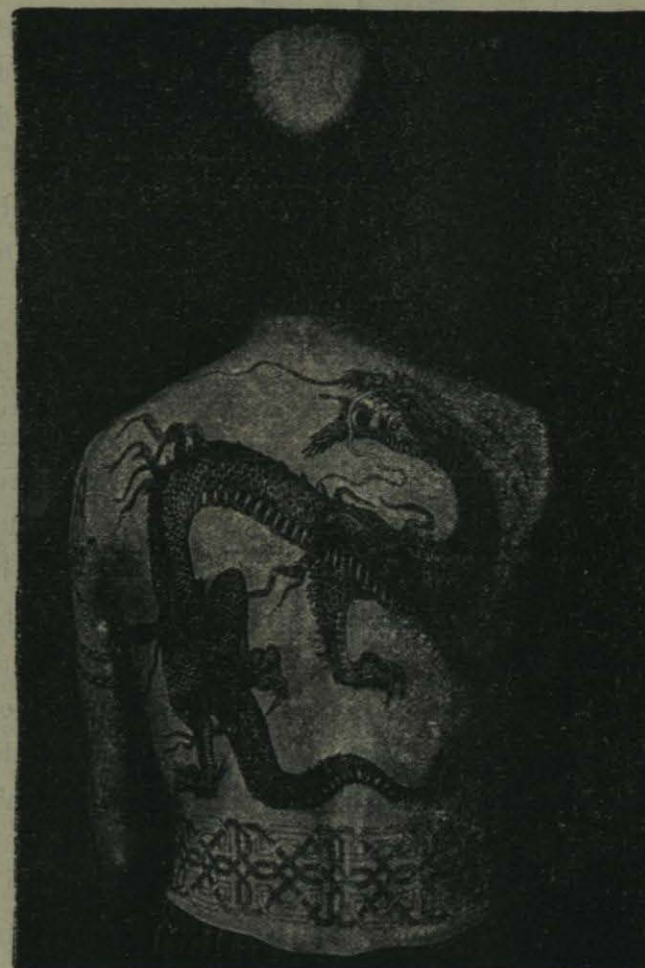
Rasgos, líneas o sencillamente puntos, luego círculos y cruces son ordinariamente las marcas indelebles introducidas en la piel por los artistas tatuadores. Florecillas grabadas en la frente, en las mejillas, en la barba, el brazo o el pecho de las jóvenes, son preciosos ornamentos que atestiguan con frecuencia un arte verdadero, y después, de pasada la impresión de extrañeza que causa su vista, se admiran aquellos conjuntos de dibujos, grecas, rombos, cruzamiento de triángulos y de círculos, que se armonizan de modo maravilloso con la estatura de los individuos, hombres y mujeres, de ciertos poblados africanos en la parte

occidental del continente. El triunfo del tatuado es el que nos presentan, en un estilo bien diferente, pero no menos interesante, los insulares de varios archipiélagos polinesios y los Japoneses.

Parece extraño que el tatuado haya llegado a su perfección artística en esas islas oceánicas, en su mayor parte de escasa extensión y, por consiguiente, privadas de una población densa donde pudieran nacer espontáneamente verdaderas escuelas. En primer lugar se reconoce que la antigua zona de extensión de este arte comprendía sólo los parajes tropicales de la Polinesia, donde los árboles frutales, las plantas alimenticias y los pescados suministran alimento muy abundante y donde el artista gozaba,

en consecuencia, de muchas horas diarias para la continuación de su trabajo: la ociosidad en una naturaleza bella y fecunda, que daba al hombre fuerza, agilidad y belleza, dejaba al trabajador ingenioso, exceptuado del trabajo forzado por la existencia, el tiempo necesario para emprender sobre el paciente, también sin la preocupación del mañana, una obra cuya ejecución exigía años, con

frecuencia todo el período de la juventud. La larga y penosa operación podía poner alguna vez la vida en peligro, pero en ciertas tierras oceánicas sólo a ese precio se era hombre o mujer: ninguna mano impura, es decir, no tatuada, hubiera podido servir la comida; ninguna figura que hubiera quedado en estado natural hubiese podido imponer



TATUAJE JAPONÉS EN LA ESPALDA DE UN SOLDADO INGLÉS
De una fotografía.

respeto. El tatuado era para el hombre el símbolo de libertad.

Y ciertamente, el Maorí y el Marquesiano, soberbiamente tatuados, presentaban un bello espectáculo de orgullosa desnudez, tan historiados, teniendo sobre el fondo rojo del cuerpo rasgos azules que se desarrollaban en elegantes curvas, diferenciando el dibujo según la forma del relieve, aquí acusando los rasgos, allá suavizando los contornos, añadiendo la nobleza y la gra-

cia al bello equilibrio de las dos mitades correspondientes de la persona, para imponerle una anatomía nueva, que fijara la mirada.

En el Japonés, que sin duda es parcialmente de origen oceánico, el tatuado, modificado según el modelo de la pintura nacional, ha tomado un carácter muy diferente del de los polinesios: se ha emancipado de la simetría que parecía imponer las formas armónicas, o por mejor decir, ha abandonado la geometría corporal, sustituyéndola por la unidad de su dibujo, formando notables e imprevistos cuadros en que serpentean libremente los dragones y se entrevén aves y rostros femeninos a través de la florida enramada.

El tatuado, desaparecido casi de la sociedad contemporánea que se respeta, o a lo menos cobardemente oculto bajo los vestidos, era una verdadera vestidura que respondía al genio del individuo, y no sufría la influencia de la moda sino de una generación a otra; pero esa investidura incorporada a la persona habrá evidentemente de perder toda su importancia en una sociedad nueva que adopta el uso de un vestido exterior, móvil, fácil de cambiar a cada momento según las alternativas de la temperatura, la diferencia de las ocupaciones, los caprichos y las pasiones del individuo. Los rasgos grabados sobre el cuerpo se habían hecho para ser vistos, para inspirar la admiración, el amor o el terror; es pues, natural, no darse ya la pena ni someterse al peligro de trazar sobre el cuerpo imágenes destinadas a permanecer ignoradas, y por tanto, el tatuado había de caer fatalmente en desuso, desde los tiempos prehistóricos, en todos los pueblos que habían adoptado la costumbre de endosarse pieles, clámides, togas y calzado, y signo de casta o de cofradía entre gentes que no querían revelar a todos la asociación de que forman parte, como pasaporte ante amigos lejanos o como testimonio simbólico de algún voto de cólera o de amor, de ese modo se ha conservado hasta nuestros días entre los Bosnios del culto católico, como entre los peregrinos de Loreto¹, quizá porque en ellos el tatuado convencional comprende siempre una cruz². Pero el origen de esta costumbre, mucho más antigua que el Cristo, se refiere a las religiones de la Naturaleza, y no se somete a ella

¹ Enrico Ferri, *Notes manuscrites*.

² Ciro Truhelka, *Les restes illyriens en Bosnie*.

sino antes del solsticio de primavera y cuando se ha entrado en la edad de la pubertad. Al perder su carácter de gran arte, honrado por todos, para convertirse en una práctica de misterio y aun de despreciable vanidad, el tatuado hubo necesariamente de envilecerse poco a poco y volver a las formas rudimentarias de su principio.

Ya no es lo que fué en sus bellos días, la historia de la raza y la alegre celebración de su ideal¹. Cuando un individuo cometía un acto juzgado contrario al honor, se le tachaba el tatuado, con marcas innobles.

La vestidura, que vino a reemplazar los adornos grabados sobre la piel, debía en gran parte prestar al hombre el mismo servicio de adornar, de satisfacer su vanidad personal y de señalarle a la admiración de todos. Sin embargo, la mayor parte de los moralistas, obedeciendo a las preocupaciones del tiempo presente y transportándolas al pasado, han convenido en ver en un sentimiento de pudor la razón primera de los vestidos de toda especie que usan los hombres²; sobre este asunto aceptan la leyenda de la Biblia, que nos muestra la primera pareja humana viviendo en el paraíso en su bella desnudez, vistiéndose después de hojas en cuanto comieron un fruto que da el conocimiento del bien y del mal³.

¹ Wat'e, *Ausland*, 1873, n.º 4.

² Schurtz, *Grundzüge einer Philologie der Tracht*, págs. 9-10.

³ Génesis, III, 2, 7.



CANACA DE LA NUEVA-CALEDONIA
Y SUS ADORNOS NATURALES

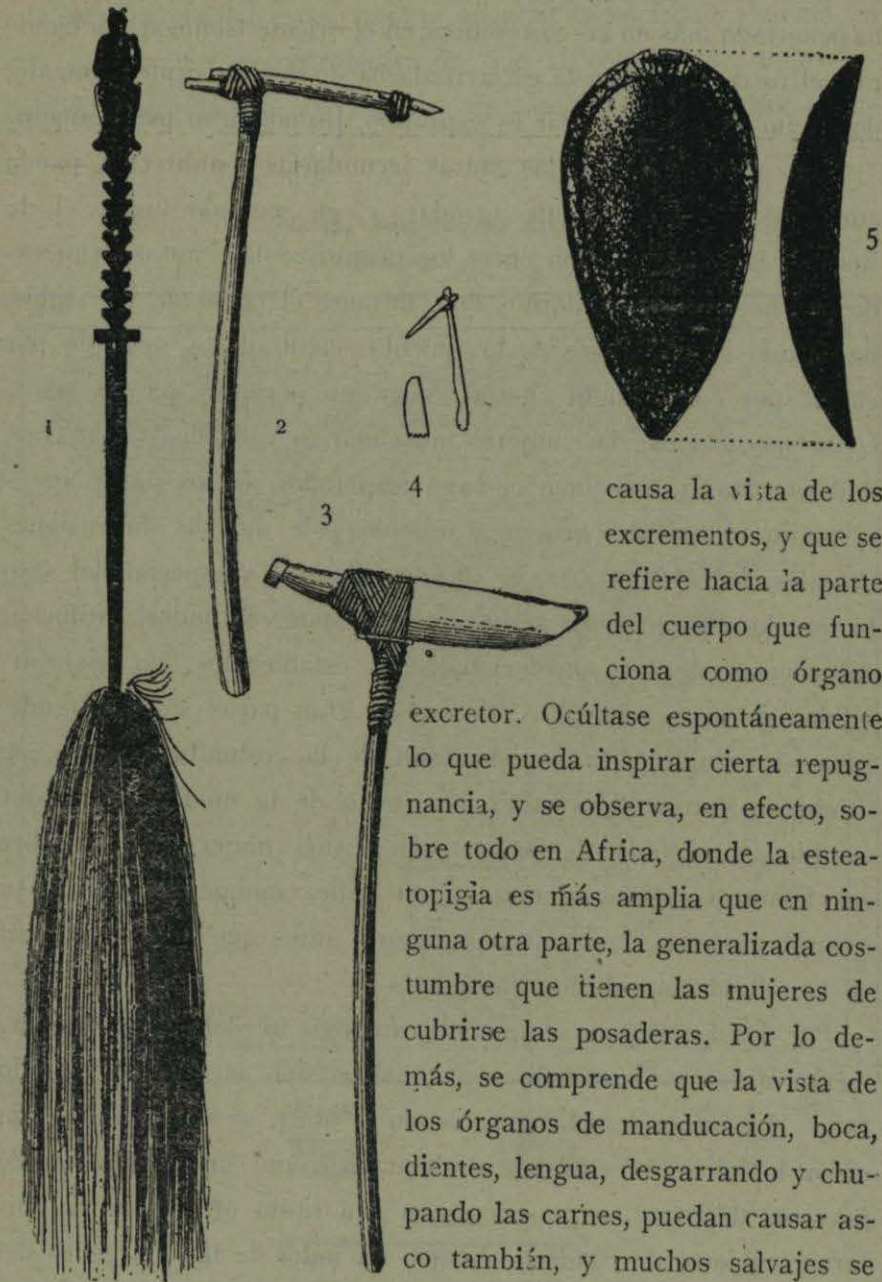
De una fotografía.

Si tal hubiera sido realmente el móvil a que obedeció el hombre al cubrir su cuerpo, ¿por qué muchos pueblos primitivos, Australianos, Mincopios y Botocudos muestran su desnudez sin vergüenza? Y sobre todo, ¿por qué otros salvajes decoran sus formas naturales con franjas, conchas, perlas, cuentas rojas y cristalería, atrayendo así la atención en lugar de evitarla? ¿Por qué los Canacas de Nueva-Caledonia y otros insulares melanesios: por qué los cafres de Lourenzo-Márquez, no usan otra pieza de vestido más que una sencilla envoltura a la extremidad del miembro viril, sea una vaina de hojas puntiagudas o un pequeño turbante de tela, sea una concha o una verdadera caja de madera, y hasta en los cafres ricos, de marfil o de oro¹? Se comprende que en muchas comarcas de malezas espinosas, proteja cuidadosamente el habitante la parte expuesta de su cuerpo por una funda o un paño, como llevan casi todos los pueblos salvajes; pero no pueden considerarse como un vestido protector, ni menos como un velo púdico esos adornos breves que no pueden tener otro resultado que atraer las miradas hacia los órganos sexuales: algunas franjas de color y una concha brillante atraen igualmente la atención del hombre hacia la mujer. La potencia de atracción de los sexos, el uno hacia el otro, se aumenta naturalmente en proporción de los ornamentos que ocultan y revelan al mismo tiempo el hombre a la mujer y la mujer al hombre. El pudor ha de ser vencido, y con frecuencia se realza con coquetería: es la historia de la ninfa que huye hacia los cauces, ocultándose a medias, quizás inconscientemente, para excitar hasta el límite el ardor del amante que la persigue.

Sin embargo, no hay un hecho de orden social que no tenga orígenes múltiples, y tal es el caso del empleo del vestido: según las circunstancias, ha podido servir para desviar la atención, mientras que comúnmente sirve para fijarla, y el mundo animal nos suministra ejemplos en ambas direcciones. Si el ave se adorna para atraer la hembra, la perra se sienta, es decir, oculta su órgano sexual cuando quiere alejar el macho, es natural que la mujer se cubra también parcialmente cuando le convenga rechazar las caricias del hombre. La tendencia a vestirse provendrá

¹ Waitz et Gerland, *Ethnographie*, passim.

también, en muchas tribus, de la repugnancia que naturalmente



INSTRUMENTOS USADOS EN LAS ISLAS DE LA SOCIEDAD Y RECOGIDOS DURANTE EL VIAJE DE *La Coquille*, 1822-1825

1. Espanta moscas. 2. Azuela de hierro. 3. Azuela de basalto. 4. Instrumentos para el tatuaje. 5. Vaso de madera.

guardarían bien de comer en público¹, quizá también para evitar que los malos espíritus se aprovechen para entrar en el cuerpo. Por último, el pudor y los vestidos que impone pueden también ser originados por el régimen de la propiedad allá donde la mujer pertenece en absoluto a su amo². El es quien oculta a su esclava,

¹ P. Haan, *Bull. de la Soc. d'Anthr.*, sesión 15 julio 1897.

² Kar von der Steinen, *Central-Brasilien*.

causa la vista de los excrementos, y que se refiere hacia la parte del cuerpo que funciona como órgano

excretor. Ocúltase espontáneamente lo que pueda inspirar cierta repugnancia, y se observa, en efecto, sobre todo en Africa, donde la esteatopigia es más amplia que en ninguna otra parte, la generalizada costumbre que tienen las mujeres de cubrirse las posaderas. Por lo demás, se comprende que la vista de los órganos de manducación, boca, dientes, lengua, desgarrando y chupando las carnes, puedan causar asco también, y muchos salvajes se

y, en las comarcas donde esa apropiación completa de la mujer ha penetrado más en las costumbres, en el oriente islámico, por ejemplo, el rostro es lo que la esclavizada ha de ocultar principalmente, donde no ha de manifestar su expresión, fisonomía ni pensamiento.

Pero aparte de todas las causas secundarias o indirectas, puede admitirse que el deseo de agrandar, y, en segundo lugar, el de suscitar la pasión, fueron entre los primitivos las causas primeras de esa necesidad de adornos que, durante el curso de los siglos, ha creado la costumbre de los pueblos civilizados y acabado por cubrir por completo el cuerpo, hasta no permitir que se vea—como sucede entre las mujeres musulmanas, rodeadas de un verdadero sudario—más que el vago resplandor de los ojos. No es el pudor el que dió origen al vestido y le dió sus dimensiones actuales, fué al contrario, el adorno primitivo y especial del sexo lo que localizó primero y desarrolló después el pudor, evolución subsecuente de los convencionalismos establecidos. La susceptibilidad de los sentimientos, ficticia en gran parte, se hizo agudísima en virtud de la universalidad de la costumbre; pero que cambia la forma del vestido por efecto de la moda, y el pudor cambia en seguida de lugar¹: la misma mujer que descubrió sus hombros y su garganta en un baile, aunque guardando su natural modestia, consentiría en morir antes que presentarse así en la calle delante de los transeuntes.

Por lo demás, un sentimiento análogo al del pudor propiamente dicho se manifiesta en toda ocasión en que el uso lo exige. La mujer lengua o botocudo a quien se sorprendiera sin disco labial se creería tan deshonrada como un chambelán de nuestros días que se presentara en una fiesta oficial sin su uniforme cubierto de condecoraciones. La india de las márgenes del Río Negro, poniéndose una saya delante de Alfred Wallace, estaba tan avergonzada como lo estaría una mujer civilizada quitándose la suya en público. En el archipiélago de las Filipinas es el ombligo el centro del pudor, y no debe descubrirse jamás; así como en China es inconveniente hablar del pie, y en las pinturas decentes está siempre cubierto por el vestido; se desprecia a las mujeres que exhiben las pantorrillas o las rodillas².

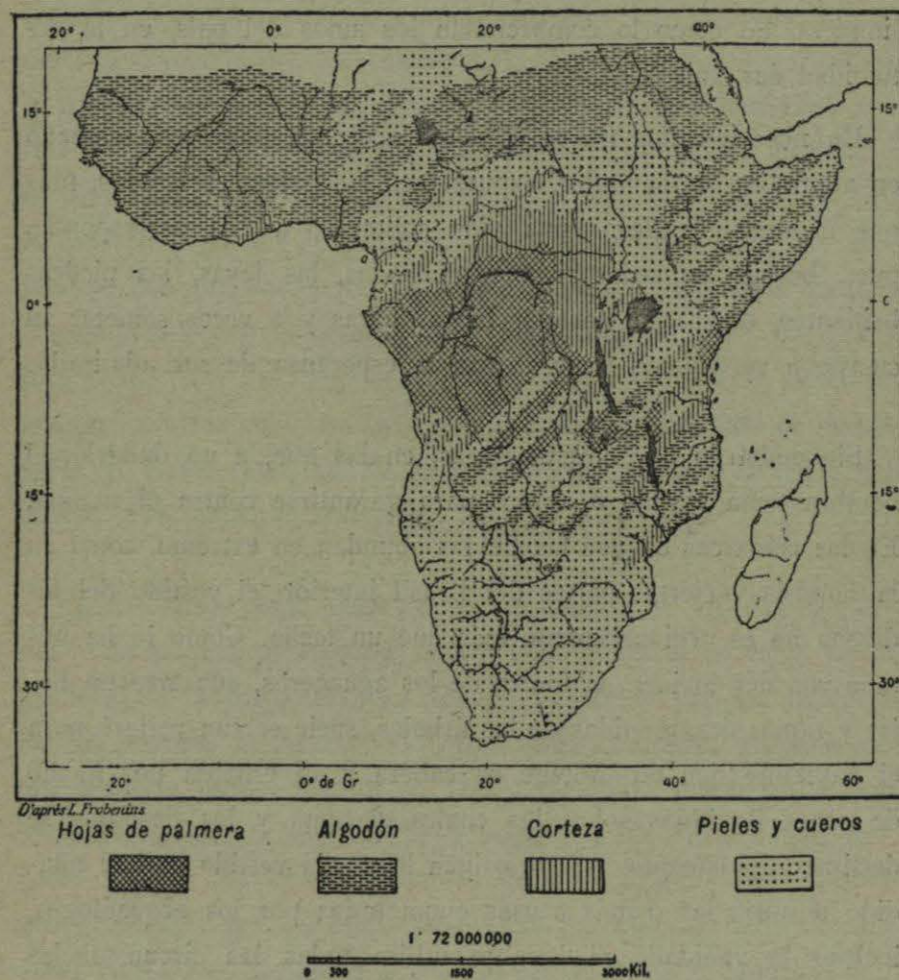
¹ Elie Reclus, *Notes manuscrites*.

² Havelock Ellis, *Humanité nouvelle*, 10 octubre 1899.

En otro tiempo, especialmente el hombre usaba adornos sexuales para embellecerse, porque en aquella sociedad violenta en que cada mujer encontraba varón que la conquistase, todas tenían la seguridad de ser esposas, en tanto que el hombre, vién-

N.º 32. Vestidos de Africa

(Véase pág. 230)



dose frecuentemente adelantado por otros raptos de mujeres, corría el riesgo de quedar mucho tiempo sin compañera; necesitaba agrandar, hacerse desear a toda costa; del mismo modo que el gallo yergue su cresta roja y ostenta su cola de plumas multicolores, así el macho humano trata de hacerse bello por medio de pinturas de ocre, de achiote, de janipabeiro, de franjas y de

telas brillantes, de alas de águila, de garras de animales, de cabelleras de enemigos vencidos, de tatuados y de cicatrices.

En la isla de Flinders, cerca de Tasmania, los naturales estuvieron a punto de rebelarse porque los ingleses les habían prohibido pintarse con ocre rojo mezclado con grasa: «¡Nos hacéis así odiosos a las mujeres!» exclamaban los adolescentes, muertos después sin haber sido jamás sensibles a la higiene y a la limpieza, tal como lo comprendían los amos del país, en la actualidad sus únicos habitantes¹.

En nuestros días no es el hombre el que pone más empeño en adornarse, es la mujer, expuesta en los países civilizados, más que el varón, a llevar una vida solitaria; a ella corresponde, pues, buscar las sedas finas y delicadas, las joyas, las piedras brillantes, dedicar al tocador largas horas y a veces someter su cuerpo a verdaderas torturas con la esperanza de ser admirada.

Sin embargo hay circunstancias, en las que, a no dudarlo, el hombre toma vestido o abrigo para garantizarse contra el tiempo. En las comarcas en que las lluvias abundan en extremo, como en la Papusia y ciertas partes del Brasil interior, el vestido del indígena no es ordinariamente más que un techo. Como lo ha notado von der Steinen, la fuerza de los aguaceros, que arrastra hojas y ramas desprendidas de los árboles, suele ser un peligro para el habitante que no protege su cabeza y su espalda por medio de conos de hojas sobre las cuales el agua y los despojos se deslizan rápidamente. A este origen local del vestido se han añadido después las demás causas enumeradas por los arqueólogos, incluso la vanidad: el hombre utiliza todas las circunstancias para hacerse admirar y admirarse él mismo.

El mapa de la página anterior demuestra suficientemente que los materiales no faltan en parte alguna para cubrirse; a falta de pieles de animales o de plantas textiles, se usan hojas de palma y los habitantes del bosque ecuatorial utilizan maravillosamente simples cortezas.

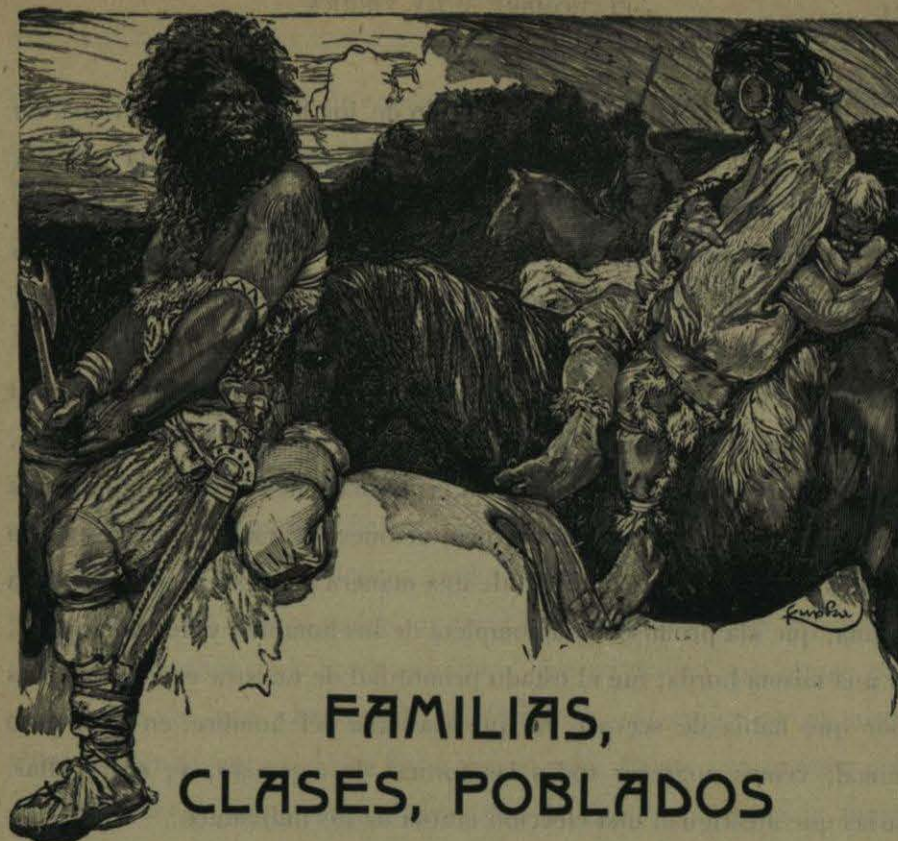
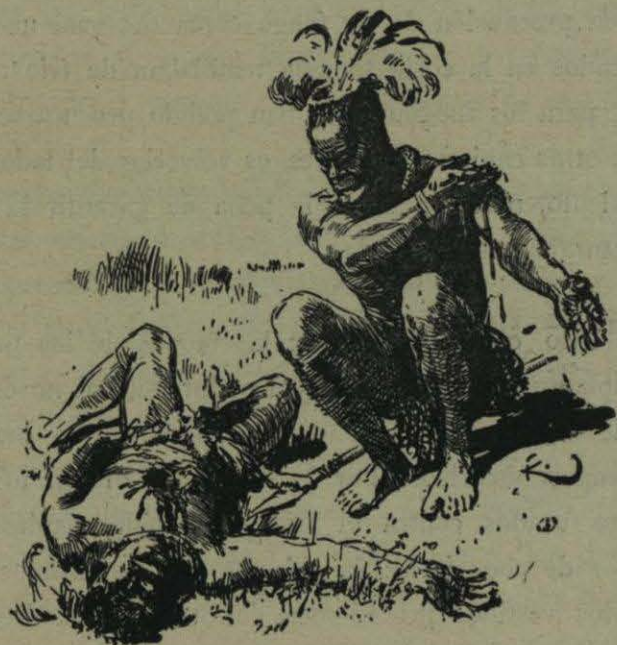
¹ We tenmark, *History of Human Marriage*, pág. 192;—Ernst Grosse, *Anfänge der Kunst*, página 94 y siguientes.

En los países muy fríos, expuestos a los fuertes vientos del mar, también necesitan cubrirse los hombres: envolverse en pieles de espeso pelaje era para ellos, bajo aquellos terribles climas, cuestión de vida o de muerte. Sin embargo, la fuerza de resistencia de los indígenas a la frialdad de aquellas regiones próximas a los círculos polares ártico y antártico es tal, que pueden exponerse frecuentemente a las intemperies en estado de desnudez. No sólo parecen indiferentes a la sensación del frío, sino que se mueven cómodamente en condiciones que no tardarían en causar la muerte de un europeo. Darwin y otros viajeros han visto varias veces fueginos desnudos que caminaban bajo la nevada o la granizada; mujeres que amamantaban sus hijos al pleno aire de invierno, sin que las criaturas pareciesen sufrir por ello, alejándose con precaución de un fuego cerca del cual unos blancos desembarcados en la costa todavía temblaban de frío¹. La práctica usual, para los fueginos que han podido procurarse pieles de guanaco u otras cubiertas calientes, es volverlas del lado de donde sopla el viento, pero sin darse la pena de garantir la parte del cuerpo naturalmente abrigada.

En ese caso, como respecto de las modas de los países cálidos y templados, es evidente que el pudor natural no es la causa primera de la costumbre del vestido adquirida por los hombres de los tiempos históricos. Por lo demás, el origen utilitario de los vestidos usados contra el frío no impide manifestarse los sentimientos de coquetería: los efectos son los mismos que respecto de los vestidos procedentes de otro origen. Los jóvenes groenlandeses, por ejemplo, saben dar un aspecto muy elevado a sus pantalones bordados, a sus chaquetas, botas y capuchas con flecos de color, y además han podido, en los lugares no gobernados por los misioneros, conservar ligeros adornos tatuados sobre la barbilla, las mejillas y las manos. Los esquimales del Alaska occidental, entre los cuales hay ciertas tribus particularmente coquetas, saben también componer sus trajes de piel de pelo y de colores variados, cuyo conjunto alcanza un aspecto perfectamente artístico.

¹ Ch. Darwin, *Voyage of a Naturalist round the World*.

Pero con vestidos aceitosos, difíciles de obtener, a la vez preciosos y duraderos, es imposible conservar limpio el cuerpo. Es seguro que los pueblos desnudos, considerados en general, son mucho más escrupulosos, en cuanto a la higiene de su piel, que los pueblos vestidos. En las futuras edades de razón, la limpieza será el adorno por excelencia.



FAMILIAS, CLASES, POBLADOS

El punto de equilibrio es la perfecta igualdad de derechos entre los individuos.

CAPÍTULO V

GRUPOS FAMILIARES. — MATRIARCADO Y PATRIARCADO. — PROPIEDAD.

CONSTITUCIÓN DE LAS CLASES. — MONARQUÍA Y SERVIDUMBRE.

LENGUAS. — ESCRITURA. — RELIGIONES. — MORAL.

EL móvil, es decir, el deseo de agrandar, que impulsaba á cada individuo primitivo á adornar su persona tenía por sanción natural la unión de los sexos, y, por consecuencia, había de producir la constitución de los grupos familiares. Pero, así como los adornos varían según los medios y los materiales de que el hombre podía disponer, así también las formas sociales determinadas por la unión entre los sexos han cambiado singularmente en diferentes lugares y en épocas sucesivas. En los animales de especies diversas se encuentran todos los modos de